

Bism Allahi, Ar-rahman, Ar-raheem

He venido a menos. He resbalado hasta un sitio donde el techo es bajo y donde no hay mucho sitio para moverse. Casi siempre estoy acostumbrada. Casi siempre estoy bien. Acepto mi sentencia y no me atormento ni miro hacia atrás. Pero a veces un cambio me hace recordar. La rutina se alborota y un nuevo comienzo de repente me hace darme cuenta de en lo que me he convertido, quieta en una calle cubierta de hojas otoñales. Los árboles del parque, al otro lado de la calle, son de plata y latón pulidos. Miro hacia arriba y veo el minarete de la mezquita de Regent's Park, visible por encima de los árboles. No lo había visto nunca tan temprano, en esta luz vulnerable. En otoño es cuando Londres está más bonita. En verano está desaliñada e hinchada, en invierno está abrumada por las luces navideñas y en primavera, la estación del nacimiento, siempre hay desengaño. Ahora es cuando está mejor, ahora está reposada como una mujer madura cuya belleza ya no es fresca pero todavía es sorprendentemente poderosa.

Mi aliento parece humo. Estoy a punto de lla-

mar a un piso. Tengo el número anotado en mi agenda. Dijo a las ocho. Toso y me da miedo ponerme a toser delante de mi nueva patrona y generarle la aprensión de que voy a pasarle gérmenes a su hija. Pero a lo mejor no es aprensiva. Todavía no la conozco. La única vez que la vi fue la semana pasada, cuando vino a la mezquita a buscar una criada. La rodeaba un aire de prisa y elegancia. Llevaba el pañuelo de seda enrollado despreocupadamente alrededor de la cabeza y el cuello, y cuando se le deslizó y dejó al descubierto su pelo, no se molestó en arreglárselo. Un cierto tipo de mujer árabe: rica, estudiante, veintimuchos, sacando provecho de occidente... Aún así, no podía decir que la conociera. No era ella misma, cuando habló conmigo. Pocas personas son ellas mismas, cuando están en las mezquitas. Están sometidas, gobernadas por una parte frágil y descuidada de ellas mismas.

Espero que no me haya olvidado. Espero que no haya cambiado de idea y haya llevado a su hijita a una guardería o haya buscado a otra persona. Y espero que su madre, que hasta ahora ha cuidado a la niña, no haya prolongado su estancia en Inglaterra y me haya convertido en innecesaria. St John's

Wood High Street está muy concurrida. Hombres con trajes y mujeres jóvenes vestidas a la última moda suben a sus coches y se van a sus buenos puestos de trabajo. Ésta es una zona elegante. Tonos rosados y la extensión que el dinero otorga a la gente. El pasado da un tirón, pero no son posesiones lo que echo en falta. No quiero un abrigo nuevo, pero sí me gustaría poder lavar en seco el mío más a menudo. Me gustaría que no se me hubieran cerrado tantas puertas en las narices; las puertas de los taxis y de la educación, de los salones de belleza, de las agencias de viajes para llevarme al Hajj..

Cuando alguien coge el interfono, digo, con la voz tensa por la esperanza: «Salaamu alleikum, soy yo, Najwa...» Me está esperando, *alhamdullilah*. El sonido del zumbador casi me resulta emocionante. Empujo la puerta y entro. Dentro todo es de madera. El pasado conservado y cuidado con buen gusto. Es un edificio muy bonito, digno y sólido. Dinero antiguo y precavido, pulido generación tras generación con amor y cariño. No como el dinero de mi padre, embargado por un gobierno, dilapidado por Omar. Yo también fui una tonta con mi parte. No hice con él nada útil. En el vestíbulo hay un es-

pejo. Muestra a una mujer con un pañuelo blanco en la cabeza y un abrigo beige sin forma. Los ojos demasiado brillantes y las pestañas demasiado largas, pero aun así parezco hogareña y de confianza, de la edad apropiada. Una niñera muy joven puede ser descuidada, una niñera mayor se queja de la espalda. Yo tengo la edad adecuada.

El ascensor es de los antiguos, por lo que tengo que dar un tirón a la puerta. Resuena en el elegante silencio del edificio. Voy a pulsar el botón para ir al segundo piso, pero descubro que el primer botón dice del primero al tercero, el segundo del tercero al cuarto y el tercero del cuarto al sexto. Intento descifrarlo, lo miro fijamente, pero sigo confusa. Decido subir las escaleras a pie. Una puerta se cierra arriba. Unos pasos rápidos bajan por la escalera. Cuando llegan a mi altura, veo a un joven alto y delgado, con una barba incipiente y el pelo rizado. Lo paro y le pregunto por el ascensor.

—Son los números de los apartamentos, no los pisos.

Habla inglés como si fuera su lengua materna, pero el acento no es de aquí. En Londres resulta difícil adivinar el origen de la gente. Si fuera sudanés,

se le consideraría de piel clara, pero no tengo ninguna prueba de que lo sea.

—Muchas gracias. —Le sonrío, pero él no me devuelve la sonrisa. En cambio, repite:

—Sólo tienes que pulsar el número del apartamento al que vas.

Tiene los ojos de un marrón líquido. Brillan no de inteligencia, no como los de Anwar, sino de intuición. Quizá sea sensible, pero no especialmente inteligente, no es rápido y agudo como la gente joven actual.

Le doy las gracias otra vez y él agacha un poco la cabeza y levanta los hombros para ajustar las tiras de la mochila. He oído el dicho de que se puede oler el paraíso en la juventud. Cuando se gira y sale del edificio, todo vuelve a la normalidad.

Subo y abro la puerta del ascensor. Salgo a una moqueta elegante y bien aspirada, y camino con pasos esperanzados hacia el apartamento. Llevaré a la pequeña a la plaza que hay al otro lado de la calle. La llevaré a la mezquita calculando la hora para poder rezar con las demás, y después daremos de comer a los patos en el Regent's Park. Es muy probable que el apartamento tenga televisión por sa-

télite, y podré ver alguna película egipcia en ART y las noticias en al-Jezira. La semana pasada oí una conversación, y estas fueron las frases que me quedaron, las que me afectaron más: *La piedad de Alá es un océano. Nuestros pecados son un pedazo de arcilla atrapado en el pico de una paloma. La paloma está posada en la rama de un árbol, en la orilla de este océano. Sólo tiene que abrir el pico.*

PRIMERA PARTE

Jartum, 1984-5

UNO

—Omar, ¿estás despierto? —Le sacudí el brazo, que tenía encima de la cara, tapándole los ojos.

—Hmm...

—Levántate. —Su habitación estaba agradablemente fresca, porque tenía el mejor acondicionador de aire de toda la casa.

—No me puedo mover. —Bajó el brazo y parpadeó hacia mí. Yo retrocedí la cabeza, arrugando la nariz por su mal aliento.

—Si no te levantas, me llevaré el coche.

—De verdad, no puedo... no puedo moverme.

—Pues me voy sin ti. —Me fui hasta el extremo de su habitación, más allá del armario y de su póster de Michael Jackson. Apagué el acondicionador de aire. Se murió con un eco, y el calor rodeó la habitación, esperando para saltar dentro.

—¿Por qué me haces esto?

Reí y le dije con satisfacción:

—Ahora te verás obligado a levantarte.

Abajo bebí té con Baba. Siempre estaba muy guapo por las mañanas, fresco por la ducha y oliendo a aftershave.

—¿Dónde está tu hermano? —gruñó.

—Debe de estar bajando —dije yo.

—¿Dónde está tu madre?

—Es miércoles. Va a Keep Fit.

Siempre me sorprendió como Baba olvidaba expresamente los horarios de mamá, como sus ojos parecían precavidos y vagos tras sus gafas cuando hablaba de ella. Se había casado por encima de su nivel, para mejorar. La historia de su vida era como pasó de un origen humilde a convertirse en jefe del gabinete del Presidente a través de la boda con una antigua familia rica. A mí no me gustaba que lo contara. Me confundía. Me parecía demasiado a mi madre.

—Malcriados —murmuró hacia su té—. Los tres sois unos malcriados.

—¡Le diré a mamá lo que has dicho de ella!

Hizo una mueca.

—Es demasiado blanda con tu hermano. No es bueno para él. Cuando yo tenía su edad, ya trabajaba día y noche. Tenía aspiraciones...

«Oh, no —pensé yo— otra vez no.» Lo que sentía se me debió notar en la cara, porque dijo:

—Ya sé que no me quieres oír...

—Baba, lo siento. —Le di un abrazo y le besé en la mejilla. —Un perfume muy bueno.

Él sonrió:

—Paco Rabanne.

Me reí. Se preocupaba por su ropa y su aspecto más que cualquier otro padre que yo conociera.

—Bueno, es hora de irse —dijo, y empezó el ritual de su partida. Apareció el criado desde la cocina y le llevó el maletín hasta el coche. Musa, el chófer, dio un salto desde la nada y le abrió la puerta del coche.

Observé cómo se iban y sólo quedaba el Toyota Corolla en el camino de acceso. Era el coche de Mama, pero el mes pasado pasó a ser mío y de Omar. Ahora Mama tenía un coche nuevo, y Omar dejó de usar su moto.

Miré hacia el jardín y la calle. No se veían bicicletas en la calle. Yo tenía un admirador que no cesaba de pasar por delante de nuestra casa en su bicicleta. A veces pasaba tres o cuatro veces al día. Tenía ojos esperanzados, y yo le despreciaba. Pero

cuando la calle estaba vacía, como ahora, me sentía defraudada.

—¡Omar! —Grité desde abajo.

Llegaríamos tarde a clase. Al principio del semestre, el primero en la universidad, siempre llegábamos con tiempo de sobra. Seis semanas después, descubrimos que lo más sofisticado era aparecer en el último momento. Todos los profesores aparecían con diez minutos de retraso, y arrasaban en las aulas llenas de estudiantes expectantes.

No se oía ningún ruido arriba, así que subí las escaleras. No, el baño estaba vacío. Abrí la habitación de Omar y era, tal como yo esperaba, un horno. Aún así, él estaba dormido, roncando a pierna suelta. Se había quitado de encima la sábana de una patada y estaba empapado en sudor y apatía.

—Se acabó. Conduciré yo. No quiero saber nada más de ti.

Él se movió un poco.

—¿Qué?

Mi voz sonó enfadada, pero también tenía miedo. Miedo de su somnolencia, que no provenía de ninguna enfermedad; miedo de su sopor, del que no podía hablar con nadie.

—¿Dónde están las llaves?

—¿Eh?

—¿Dónde están las llaves del coche? —Abrí su armario de golpe.

—No, en el bolsillo de mis tejanos... detrás de la puerta.

Saqué las llaves. Cayeron al suelo monedas y una cajetilla de Benson & Hedges.

—Ya verás cuando Baba se entere de esto.

—Vuelve a conectar el aire acondicionado.

—No.

—Por favor, Nana.

El uso de mi apelativo me ablandó un poco. La empatía de los gemelos me atrapó y por un momento fui yo la que tenía calor y un sueño insoportable. Conecté el aire acondicionado y salí de la habitación.

Subí la ventana del coche para que no entrara el polvo y el viento caliente no estropeará mi peinado. Me hubiera gustado sentirme como una joven estudiante emancipada, conduciendo su coche con confianza. ¿Acaso no era yo una mujer joven emancipada que conducía su propio coche hacia la universidad?

En Jartum, sólo una minoría de mujeres conducía coches. Y en la universidad, menos del treinta por ciento de estudiantes eran chicas. Aquello debería hacerme sentir bien conmigo misma, pero me gustaba más cuando Omar estaba a mi lado, cuando conducía Omar. Le echaba de menos.

Conducía despacio, e iba con cuidado de señalarlo todo y de no tirar al suelo a ningún ciclista. En el semáforo de la calle Gamhouriya, una niña golpeó el cristal, mendigando con la cabeza ladeada y los ojos desenfocados. Como iba sola, le di un billete. Si Omar hubiera estado allí, le hubiera dado una moneda. No soportaba a los mendigos. La niña miró las cinco libras con una lenta incredulidad y echó a correr de vuelta a la acera. Cuando el semáforo se puso verde, arranqué. Por el espejo retrovisor, la vi rodeada de otros niños y unos cuantos adultos desesperados. Polvo y el principio de una disputa.

Tenía las manos sudadas cuando llamé a la puerta del aula 101. Llegaba quince minutos tarde. Oí al doctor Basheer impartiendo otro capítulo sobre Contabilidad, la asignatura que menos me gustaba. Pero mi padre quería que Omar estudiara Eco-

nómicas, y, después de años en escuelas para chicas, yo quería estar con Omar. Volví a llamar, más fuerte, y reuní el valor para girar el pomo. Estaba cerrada. De manera que el doctor Basheer había cumplido su promesa de que los que llegaran tarde no podrían entrar en sus clases. Me di la vuelta y me fui a la cafetería.

Mi cafetería favorita estaba en la parte de atrás de la universidad. Tenía vistas sobre el Nilo Azul, pero el agua no se veía a causa del espesor de los árboles. La sombra de la mañana y el olor de los mangos empezaron a calmarme. Me senté en una mesa e intenté leer mis apuntes. No me decían nada y me llenaban de vacío. Ya me imaginaba las horas que pasaría memorizando lo que era incapaz de entender. Al levantar la vista, me fijé que Anwar Al-Sir estaba sentado en la mesa de al lado. Él estaba en el último curso y era famoso por los sobresalientes que sacaba. Hoy estaba solo con su cigarrillo y una taza de té. En un campus donde la mayoría íbamos desaliñados, él siempre llevaba camisas limpias, iba bien afeitado y llevaba el pelo corto, a pesar de que estaba de moda el pelo largo. Omar

llevaba el pelo como Michael Jackson en la cubierta del álbum *Off the Wall*.

Anwar Al-Sir era miembro del Frente Democrático, la rama estudiantil del Partido Comunista. Probablemente me odiaba, porque le había oído hablar en una *nadwa* con ironía y desprecio de los burgueses. Familias propietarias de tierras, capitalistas, la aristocracia. Eran los culpables, decía él, del atolladero en que se encontraba nuestro país. Hablé de ello con Omar, pero Omar dijo que me lo tomaba como una cosa personal. Omar no tenía tiempo para personas como Anwar; él tenía sus propios amigos. Se prestaban los unos a los otros videos de *Top of The Pops* y todos tenían pensado irse a Inglaterra algún día. Omar creía que hubiéramos estado mejor bajo el imperio británico y que era una lástima que se hubieran ido. Yo me aseguraba que no escribiera estas ideas en ninguno de los trabajos de historia o economía. Le habrían suspendido con toda seguridad, porque todos los libros y los profesores decían que el colonialismo era la causa de nuestro subdesarrollo.

Hubiera sido una tontería moverme de mi sitio. Pero me sentía incómoda sentada delante de

Anwar. Él me sonrió y eso me sorprendió. No dejaba de mirarme. Me daba la sensación de que la blusa me apretaba y de que tenía la cara encendida. Debí exhalar, porque dijo:

—Hace calor, ¿verdad? Y tú estás acostumbrada al aire acondicionado.

Había ironía en su voz.

Me reí. Cuando hablé mi voz me sonó extraña, como si no fuera la mía:

—Prefiero el calor al frío.

—¿Por qué? —Lanzó la colilla al suelo y con el pie la cubrió de arena. Sus movimientos eran suaves.

—Es más natural, ¿no?

Había dos mesas entre nosotros, y me preguntaba cuál de los dos daría el primer paso, cual de los dos se levantaría e iría hacia la otra mesa.

—Depende —dijo él—. En Rusia alguien podría considerar natural el frío.

—Nosotros no somos rusos.

Rió de una manera agradable y calló. Su silencio me decepcionó y pensé en diferentes maneras para reavivar la conversación. Barajé distintas frases en mi cabeza, deprisa: «Tengo entendido que uno de tus hermanos estudia en Moscú», «Se ha estropea-

do el aire acondicionado de mi coche», «¿Sabes?, el Dr. Basheer no me ha dejado entrar.» Las descarté todas por estúpidas e inadecuadas. El silencio creció hasta el punto que podía oír mi corazón por encima de los pájaros. Me levanté y salí de la cafetería sin ni siquiera mirarle ni decirle adiós. Eran casi las diez, y era la hora de Macroeconomía. El profesor pasó la hoja de asistencia. Escribí mi nombre. Después cogí otro boli, y con una letra más recta escribí el nombre de Omar.

Cuando salí de la clase de Macro, me estaba esperando.

—Dame las llaves del coche.

—Toma. No olvides que tenemos Historia a las doce. Aparece, por favor.

Frunció el cejo y se fue corriendo. Yo me preocupaba por él. Era algo que estaba allí, persistente. Cuando era pequeña, mi madre me dijo: «Cuida de Omar. Tú eres la chica, la tranquila, la sensible. Cuida de Omar.» Y un curso sí y el otro también, cuidaba a Omar. Notaba su debilidad y cuidaba de él.